

YO ESTOY EN MEDIO DE VOSOTROS.

Introducción. De nuevo nos ponemos en camino, con la Escuelilla de vida en marcha, con este sencillo medio para escuchar la palabra que el buen Dios nos dirige. Nuestro objetivo es claro, mostrar como Dios tiene algo que decimos semanalmente, y su palabra es viva y es eficaz, y responde a las necesidades que van apareciendo a lo largo de nuestra vida. Y una de las prioridades que aparecen en nuestros días es aprender a convivir, a integrar la relación con los demás. Y que se convierta no en motivo de tensión, de tristeza, de conflicto, sino en un descubrimiento que nos permita reconocer el regalo que Dios nos hace a través de la vida de los demás. Las relaciones humanas son complicadas porque todos somos diferentes, y porque sobre cualquier tema, sobre cualquier ideología, sobre cada acontecimiento, las opiniones, los puntos de vista son variados e incluso contrapuestos.

Sea la política y el sentimiento nacionalista, sea la religión y los fundamentalismos, sea la defensa nacional, o la alineación de un equipo de fútbol, si fue penalti o no lo fue. Todo puede convertirse en motivo de confrontación o de tensión. Cada una de nuestras historias, de nuestros puntos de vista, genera una perspectiva diferente sobre cualquier tema. Y la defensa de lo que yo opino, a veces se convierte en imposición, en arrogancia, en falta de respeto y valoración de lo que la otra persona siente y piensa. ¿Qué son más importantes, las ideas, las opiniones, o la persona que las defiende? ¿Es más importante salir vencedor en una discusión o salir más amigos, más amados, más unidos? Jesús se pasó su vida pública, rodeado de personas que diferían de él en casi todo. Con los fariseos tensiones, con los romanos tensiones, con los zelotes tensiones, hasta con las más íntimos con Pedro y con los apóstoles divergencias clarísimas. El optando por un camino de amor, de diálogo de acogida, y los apóstoles pidiendo que baja fuego aniquilador desde el cielo.

Lo que Dios nos dice. “El amor sea sin fingir: detestando el mal y adheridos al bien. El amor fraterno sea afectuoso, estimando en más a los otros. Servid al Señor con celo incansable y fervor de espíritu. Alegraos con la esperanza, sed pacientes en el sufrimiento, perseverantes en la oración; solidarios de los consagrados en sus necesidades, practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen, bendecid y no maldigáis. Con los alegres alegraos, con los que lloran llorad. Vivid en mutua concordia. No aspiréis a grandezas, antes allanaos con los humildes. No os tengáis por sabios. A nadie devolváis mal por mal, proponeos hacer el bien que todos aprueban. En lo posible, de vuestra parte, tened paz con todos.” Rom 12,9-18.

En este punto el evangelio es clarísimo. Si en algo se nos tiene que reconocer como seguidores de Jesús es en la capacidad de acoger y de acercarnos a los diferentes. El mandato del Señor es a salir, de nuestra tierra, de nuestras seguridades, de nuestras razones, e intentar comprender y situarnos en la vida del otro. Cuando una persona defiende unas ideas es porque su itinerario vital les ha llevado a esa postura. Quizá desde nuestro punto de vista, desde nuestra experiencia es difícil de entender. Pero es que lo que hemos vivido cada uno de nosotros no es la única posibilidad de situarnos frente a los acontecimientos. Sólo la escucha atenta y empática nos puede acercar a la vivencia de la otra persona.

“No tengáis deudas con nadie, si no es la del amor mutuo. Pues el que ama al prójimo tiene cumplida la ley. De hecho, el no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro precepto, se resume en éste: Amarás al prójimo como a ti mismo. Quien ama no hace mal al prójimo, por eso el amor es el cumplimiento cabal de la ley.” Rom 13,8-10.

La vida de Dios nos llega a través de los demás. Ha querido Dios que su salvación nos llegue a través de los hermanos. Somos colaboradores imprescindibles en la transmisión de la gracia y del amor compasivo. Si yo renuncio al compromiso con la vida de los demás, si me inhibo, si paso de largo, es difícil que mi hermano cambie. Si no tenemos el amor que se vuelve corrección, la libertad para decir con amor lo que del otro me daña, si me callo, si por respetos humanos alago en vez de ser sincero, el fallo del otro tiene que ver conmigo, porque mi indiferencia me hace cómplice.

“Os digo también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, mi Padre del cielo se la concederá. Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos.” Mt 18,19-20.

Ponernos de acuerdo es lograr la comunión. Es tener un objetivo común que trasciende mi interés particular y egoísta. Es el asociarme con otros en la consecución de un objetivo lo que me rescata del individualismo, del egoísmo, de la soledad. Por eso la familia es espacio de comunión cuando buscamos proyectos conjuntos, y la empresa donde trabajo, y la parroquia o comunidad donde vivo mi fe.

Cómo podemos vivirlo. No vivamos cada día como llaneros solitarios, sino como miembros de una familia, de una comunidad, que nos sabemos acompañados, protegidos. Conscientes de que siempre hay una mano amiga que me sostiene si me caigo, unos brazos fuertes que me ayudan a cargar con mis pesadas cargas, un hombro en el que llorar si hace falta, y una mirada que me valora, que cree firmemente en mí. La mirada de nuestro Dios que me asegura que camina conmigo, cuando asocio mi vida a la de los demás.